

Religiosidad POPULAR para los TIEMPOS MODERNOS

A menudo nos preguntan para qué sirve la religiosidad popular, en los tiempos modernos. Siempre parece referirse a cosas del pasado, cada vez menos útiles y alejadas de la realidad. Además, las nuevas lineas de la Iglesia parece alejarse de esas maneras extrañas de relacionarse con lo sagrado.

Vamos a intentar comprender, que no justificar, por qué las personas hemos necesitado siempre, y seguimos necesitando algunos rituales aparentemente arcaicos que denominamos religiosidad popular.

A lo largo de la vida, a lo largo del año, las personas necesitamos relacionarnos con lo sagrado, dar un sentido trascendente a nuestra existencia. Se trata pues de dos caminos diferentes, que a veces confluyen. Como individuos hay ciertos momentos, lo que los antropólogos llamamos ritos de paso, que marcan la evolución de la persona, y el reconocimiento social de ciertos cambios. Así, al nacer, al crecer, al vivir en pareja, al morir, los rituales individuales marcan ante la sociedad el estado diferente. Un niño bautizado tiene nombre, es reconocido como persona con nombre y apellidos ante su comunidad. Al comulgar, al hacer la primera comunión, se reconoce que hemos dejado de ser niños, que entramos en esa etapa confusa de la juventud, pero dejando atrás el tiempo feliz de la niñez. El matrimonio reconoce que dos personas quieren no sólo convivir sino crear una familia, una pequeña representación de la sociedad. Y el funeral recuerda, y al mismo tiempo aleja a aquellos que ya no están con nosotros.

Con los grupos ocurre lo mismo: necesitamos hacer rituales, cada cierto tiempo, a menudo cada año, para dar sentido a nuestro espacio y tiempo. Y recurrimos a antiguos rituales, pero siempre renovados, que permiten sacralizar nuestro territorio y nuestra vida en comunidad. En nuestro espacio, son las fiestas a la Mare de Déu y al Cristo de la Fe, sobre todo, las que mejor definen esa necesidad. Al celebrar, una vez al año, las fiestas, estamos expresando algo tan difícil de contar como nuestra gana de vivir en comunidad, de vivir en paz y en armonía. Y para esos deseos renovados y comunitarios no hay cosa mejor que los rituales religiosos. La procesión hace sagrado un tiempo y sobre todo sacraliza el espacio común, llenándolo de vida para un nuevo año. El canto emocionado y emocionante de los gozos no solamente hace llorar; renueva las ganas de vivir junto con los demás en un territorio que ya casi no nos pertenece, y que queremos recuperar a través del rito.

Continúa pagina siguiente



Bien es cierto que las procesiones, hace medio siglo, tenían un significado similar pero diferente, por ejemplo, el Cristo de la Fe, que vivía todo el año en la Huerta, recorría todo el territorio, para recordar su pertenencia a una misma comunidad espiritual y terrenal. Y además lo hacía, como lo hace ahora, en sentido antihorario, es decir contrario al movimiento aparente del sol. Ya que estamos expresando cosas misteriosas, sobrenaturales, como el Amor de Dios, la Vida en Comunidad, el Sentido de la Existencia, debemos recurrir a rituales que vayan contra lo natural, por ejemplo girando al contrario del día, para recordad, de manera simbólica, didáctica y no tan inconsciente como parece, que no todo se puede decir con palabras.

La adaptación de la fiesta al nuevo territorio, marcado por el terrible zarpazo del "Río Nuevo" siguió con el mismo símbolo, a pesar de recorrer sendas diferentes. Si bien antes el Cristo recorría la Huerta, ahora, junto a la Mare de Déu, marcan, con su paso por todo el Barrio, la pertenencia a una misma comunidad espiritual y material.

Estas expresiones van más allá de teorías más intelectuales o incluso de la teología habitual. Sabemos, incluso, que mucha gente, que no practica demasiado la religiosidad durante el año, necesita expresar su necesidad de Dios, de lo Trascendente, a través de estos ritos aparentemente simples y llenos de complejos significados. Porque, bien es cierto, a menudo, las sendas oficiales marcan territorios más intelectuales, o de mayor compromiso personal, que no saben comprender esta necesidad de sentirnos comunidad, y de sentir que esa comunidad tiene un significado no solamente humano sino trascendente, religioso.

Así, la Mare dels Desamparats y el Cristo de la Fe, que se representan en los tiempos actuales en el barrio de San Isidro, vuelven a ordenar el caos de nuestra vida, el territorio desmembrado del barrio actual, el desastre de nuestro quehacer diario. La religiosidad popular da, pues, un sentido a la vida comunitaria, que difícilmente podríamos expresar con otras palabras.

Que San Isidro con sus oraciones, que el Cristo de la Fe con los brazos extendidos, y bajo el manto de la Mare de Déu, nos ayuden a construir, al menos una vez al año, una comunidad de vecinos más humana, más justa, más feliz, mejor integrada en nuestro antiguo territorio.

Dr. FrancescLLOPiBAYO

Francesc LLOP i BAYO (València 1951) es doctor en antropología, y campanero de la Catedral de València. En los últimos 20 años ha sido encargado de voltear manualmente las campanas de San Isidro para la fiesta del Cristo y otras muestras de religiosidad popular anual.

